

Reportaje

## Hacia una pastoral del Duelo

**Pbro. Silvio Marinelli**

### **Las necesidades espirituales**

Estamos acostumbrados a reflexionar para dar una respuesta a las necesidades fisiológicas. En el último medio siglo, se han multiplicado las reflexiones teóricas y las iniciativas para satisfacer también las necesidades psicológicas (cognitivas y afectivas). Ha llegado el momento de identificar y construir herramientas para un acompañamiento espiritual que tome en cuenta las necesidades espirituales.

Frente a las preguntas difíciles –¿por qué?, ¿por qué a mí?, ¿qué sentido tiene la muerte de mi ser querido? – nos sentimos incapaces de encontrar una respuesta que dé consuelo a quien nos cuestiona. Pienso que es importante, ante todo, enfrentar esta dificultad para hallar y ofrecer la respuesta, con un espíritu de humildad y de compasión: estamos en el mismo “barco”; también nosotros sentimos lo “absurdo e injusto” de muchas situaciones. Tal vez no se nos pide una “respuesta verbal”, sino una actitud de presencia, escucha y compasión, ante el sufrimiento que estas preguntas conllevan.

Quisiéramos “aminorar” o “desaparecer” la angustia: tarea imposible. La angustia es nuestra “compañera” de camino, y es preferible “convivir” con ella y ayudarnos a ver que puede ser “útil”: nos ayuda a reconocer nuestra condición de criaturas, de personas frágiles y necesitadas de los demás, descubriendo la profunda solidaridad que nos une más allá de las diferencias.

La muerte de un ser querido suscita, sin duda, una reflexión sobre la existencia que hemos vivido con la persona que ya no está. Pueden salir a flote sentimientos de culpa, aspectos desagradables, palabras y experiencias que no expresamos en vida. ¿Es demasiado tarde para reconciliarse, para comunicarse y comunicarnos? Desde un punto de vista humano tal vez sí: es demasiado tarde. En una visión religiosa, no: podemos todavía reconciliarnos, decirnos adiós, despedirnos, narrar todo el amor que no pudimos o quisimos manifestar en vida. La muerte de un ser querido, paradójicamente, puede obligarnos a tomar actitudes y conductas más maduras, menos dependientes, más solidarias: entonces, la muerte se convierte en alumbramiento de una nueva etapa de existencia, en una nueva vida.

Desde un punto de vista espiritual, la pérdida de un ser querido nos espolea a encontrar y dar un nuevo sentido a nuestra vida, a descubrir nuevos valores, a hacer una revisión de nuestras opciones fundamentales, a crecer humana y espiritualmente, a tejer nuevas relaciones y profundizar las existentes, a comprometernos con la sociedad, a elaborar un proyecto de vida futura, a renovar nuestra fe y esperanza.

La muerte de un ser querido nos recuerda que la vida es una realidad “única” e “importante”. Un filósofo afirma que la muerte es “maestro de seriedad de la vida”. Por

eso, elaborar bien el duelo es necesario para abrirse al futuro, cultivar la esperanza y plantear un nuevo proyecto de vida.

### **La proximidad de la comunidad católica**

Cuando una persona toma la determinación de buscar ayuda para manejar su duelo, de alguna manera expresa su incapacidad para solucionar el problema, su autoestima se ve disminuida y esto provoca estrés. Por eso se requiere de respeto y honestidad. Reconocer al otro no como número u objeto sino como ser vivo, hacedor de sus propios pensamientos, consciente de las propias necesidades y aspiraciones. Es necesario evitar los juicios y valoraciones de cualquier tipo, hacer que el otro se sienta a gusto tratándolo de igual a igual, en un clima de seguridad y confianza: éstas son actitudes indispensables si queremos favorecer un desarrollo positivo del duelo.

La proximidad de la Iglesia se puede expresar a través de diversas iniciativas. Ante todo a nivel litúrgico, con los ritos de despedida (oraciones, velorio, misa de cuerpo presente, triduo, aniversarios): momentos importantes para decir lo que no se había tenido el valor de decir, para confiar al difunto y confiarse a la fuerza de Dios y al consuelo del Espíritu Santo, para permitir una participación comunitaria y coral que saque al doliente del aislamiento, que permita la primera de todas las formas de solidaridad: la presencia y la oración para quien se ama.

La comunidad católica puede, además, ser importante en una presencia de “prevención” (no propiamente del duelo, sino de sus consecuencias patológicas), con una labor educativa, de concientización, de “anuncio” y preparación para vivir estos momentos difíciles.

Las iglesias –no sólo las comunidades católicas– pueden, además, conformar una red de “centros de escucha”, promover grupos de ayuda mutua, favorecer momentos recreativos y sociales para personas solas.

Se puede promover las visitas a las personas en duelo, no dejarlas solas, involucrarlas en actividades parroquiales para que se sientan útiles, favorecer y estimular la solidaridad entre deudos, y favorecer la ayuda práctica y económica.